

sideración que debía á la opinión pública, que era muy contraria á la alianza pruso-italiana. En la sesión del 3 de mayo en el Cuerpo legislativo y en un debate sobre la ley del contingente, Thiers manifestó su odio contra la Prusia y contra la unidad alemana que se proponía Bismarck, lo cual el orador francés comparó con la renovación del imperio de Carlos V, y dijo que había llegado el momento de que Francia saliese de su neutralidad y declarase á Prusia muy cortésmente, pero en términos resueltos, que la Francia no apoyaría la política prusiana. Según Thiers, estaba enteramente en manos del emperador aniquilar los propósitos de Bismarck, pues que sólo le bastaba decir una palabra para apartar á Italia de una alianza con Prusia.

Este discurso fué un triunfo para el orador de la oposición, á quien la Cámara entera felicitó por sus declaraciones. «La sesión del 3 de mayo, dice un escritor, fué la manifestación del buen sentido nacional.» El historiador alemán dijo á su vez: «En estas coyunturas, Thiers ha encarnado en sí el alma misma de su patria.»

El discurso del ex ministro orleanista y la demostración que le siguió, lejos de volver al emperador hacia la política de paz y de equilibrio territorial, le produjo una de esas frías y sordas cóleras que á raros intervalos hervían en su alma tranquila y acababan por estallar en frases de enojo. Buscó una ocasión para refutar las afirmaciones de Thiers y aprovechó para ello su presencia en un concurso regional celebrado en Auxerre. En su respuesta al alcalde, evocó los recuerdos de Napoleón I con palabras que resonaron con acentos belicosos. Con una acritud de lenguaje desusada en su boca, añadió «que detestaba los tratados de 1815, de los que se quería hacer la base de la política exterior.» Luego, dirigiéndose á la población labriega y trabajadora que le rodeaba, añadió: «Entre vosotros respiro á mis anchas, porque encuentro el verdadero genio de Francia.» Al día siguiente, el discurso imperial, el *discurso de Auxerre* como se le llamó, se difundió por toda Europa, y todo el mundo lo consideró como la respuesta á M. Thiers y al Cuerpo legislativo.

Para el emperador habría sido un gran triunfo si hubiera podido contestar de otro modo al discurso de Thiers, es decir, con un hecho diplomático brillante, emancipando á Italia de las obligaciones contraídas en el tratado de Berlín por medio de la cesión pacífica de Venecia. Este triunfo le parecía seguro, y el 4 de mayo llamó á Nigra para declararle que Austria le había propuesto formalmente ceder el Véneto á Francia para que ésta lo cediera á Italia, siendo la única condición que se le permitiera indemnizarse con territorio prusiano y que la entrega de Venecia se efectuase simultáneamente con la adquisición de la compensación. Semejante arreglo suponía evidentemente que Italia y Francia habían de favorecer el triunfo de Austria sobre Prusia, ó que cuando menos habían de permanecer neutrales en la lucha. Se trataba, pues, de saber en primer lugar si Italia podía y querría salir de la alianza del 8 de abril. Napoleón se declaró por la afirmativa, pero á los gobernantes italianos detuvieron

escrúpulos morales y también políticos bastante graves. Recibir de manos de Francia en calidad de regalo el Véneto, habría aumentado la dependencia, pesada ya, de Italia respecto de Francia; sólo en una guerra podía conseguir Italia un puesto independiente en el equilibrio político de Europa, y si por otra parte Prusia, contra todo lo que se esperaba, triunfara de Austria, Italia saldría perjudicada. Además habría sido imposible al gobierno italiano justificar ante el país el nuevo giro dado á su política, pues los arreglos que exigía debían quedar por lo pronto secretos; de suerte que el ministerio italiano sería objeto en la Cámara de violentos é inevitables ataques, que darían por resultado su caída, y esto sin contar con la impresión que al fin habían de producir la publicación de semejante tráfico de mala ley y la infracción del tratado como precio de la adquisición de Venecia. Lamarmora comprendió todo esto, y su primera impresión fué, según telegrafió inmediatamente á Nigra, que era cuestión de honor y de lealtad no separarse de Prusia, bien que añadió que todo podría arreglarse en un congreso, porque el tratado caducaba el 8 de julio; con lo cual venía á decir que en el fondo le convenía la proposición, y que si Prusia se negara á sacrificar la Silesia para que Italia ganara el Véneto, Italia podría negarse á la renovación del tratado y abandonar á su aliado á su suerte.

La idea del congreso no era nueva, sino que había sido propuesta ya por el gobierno inglés, el cual daba por seguro que Napoleón la aceptaría, pues correspondía á un deseo repetidas veces expresado por él. En efecto, un congreso reunido en París que se ocupara en la revisión de las disposiciones territoriales del congreso de Viena de 1815, habría sido para Napoleón un triunfo de gran importancia política y la confirmación de lo expuesto en su discurso de Auxerre.

Así pues, hizo que su gobierno propusiera en Londres y en San Petersburgo que las tres potencias enviaran de mancomún las invitaciones para un congreso en el que se había de discutir el siguiente programa: liberación de Venecia y garantías para asegurar el poder pontificio; destino de los ducados del Elba y reforma de la confederación alemana.

Según comunicación de Nigra, debía permitirse á Prusia indemnizarse de la cesión de la Silesia con la incorporación del Schleswig-Holstein y de algunos otros pequeños Estados alemanes. En cambio se crearían en las comarcas del Rhin tres ó cuatro pequeños ducados que formarían parte de la confederación germánica, pero que estarían al mismo tiempo bajo la protección de Francia. Otros príncipes alemanes desposeídos serían colocados en los Principados danubianos.

Walewski, en representación del gobierno francés, y los embajadores de Inglaterra y Rusia, Cowley y Budberg, tuvieron en 15 de mayo una conferencia para redactar la invitación, la cual necesitó todavía otras conferencias para que la aceptaran los tres gabinetes, de suerte que hasta el 24 de mayo no se pudo enviar á las potencias desde París. El 29 se recibió la adhesión de Prusia, el 1.º

de junio la de Italia y luego la de la Confederación germánica. Creíase que Austria daría también una contestación favorable; pero con gran sorpresa su aceptación contenía tantas reservas que equivalía á una negativa. El 3 de junio Metternich comunicó oficialmente á Drouyn de Lhuys la resolución de su soberano. Austria accedía á figurar en el congreso, pero con la condición de que de las conferencias quedara excluída toda combinación que implicara aumento de territorio ó de poder á favor de cualquiera de las potencias interesadas en el congreso: además, quería que se invitara al Papa, al cual, según decía, no se podía negar el derecho de tomar parte en una conferencia que debía tratar de asuntos italianos.

Recibida esta contestación fechada en 1.º de junio, el príncipe Gortschakoff preguntó á los gabinetes de Francia é Inglaterra si en vista de semejantes reservas el congreso podía tener todavía un fin práctico, á lo cual respondieron aquellos negativamente. Bismarck, que recibió esta noticia justamente en el momento en que se hallaba en su despacho el embajador francés Benedetti, leyó gozoso el despacho en que se le anunciaba la retirada de la invitación, y exclamó: «¡Viva el rey! ¡Esto es la guerra!» expresando en estas palabras su confianza en su patria, en su ejército y en su propia fortuna.

El presidente del ministerio prusiano, en la suposición de que sería nombrado para tomar parte en el congreso de París, había encargado al embajador Goltz en los días anteriores que le explicara de nuevo las pretensiones francesas de compensación y las había discutido también en Berlín con Benedetti. Una nota de las condiciones, que quedó en manos de Bismarck, limitó los propósitos comunes, en el caso de realizarse el congreso, á la cesión de Venecia á favor de Italia y del Schleswig-Holstein á favor de Prusia. En caso de fracasar el congreso debía Prusia emprender á la mayor brevedad la guerra contra Austria y auxiliarla Francia en el término de treinta días con trescientos mil hombres. Al hacerse la paz debía recibir Prusia territorios alemanes á su elección con siete á ocho millones de habitantes, y en cambio cedería á Francia el territorio entre el Mosela y el Rhin, sin Coblenza y Maguncia, con medio millón de súbditos prusianos, y algunos otros territorios más pequeños.

El emperador Napoleón no intervino directamente, ni tampoco su diplomacia oficial, en estas negociaciones y hasta manifestó su oposición á adquirir una Venecia rhiniana; antes al contrario, considerando seguro el triunfo de Austria, le pareció mucho más conveniente obtener para este caso la cesión de Venecia que llegar á una inteligencia con Prusia, y obtener esta ventaja sin necesidad de facilitar tropas ni de desenvainar la espada. Por esto el duque de Gramont regresó el 4 de junio á Viena, donde en efecto consiguió pactar un convenio sobre la base que Napoleón deseaba, y según el cual Francia se obligó á observar una neutralidad absoluta y ofreció hacer cuanto pudiese para inducir á Italia á conservar la misma actitud. Austria se comprometió á respetar en todos los casos la integridad del territorio existente de Italia, á renunciar al

Véneto cualquiera que fuese el resultado de la guerra, á no reclamar ninguna especie de preponderancia en Alemania que sometiera á este país á su influencia exclusiva, y á no realizar cambios territoriales que pudieran comprometer el equilibrio europeo sin el consentimiento de Francia. También quiso Austria que Napoleón al transmitir la Venecia á Italia impusiera la condición de conservar el poder temporal del Papa en la extensión que entonces tenía; que Italia reconociera definitivamente la nueva frontera de Austria (es decir, que renunciara al Tirol italiano y á Trieste); que pagara una indemnización para las fortalezas; que se encargara de una parte proporcional de la deuda austriaca, y finalmente que no hiciera del puerto de Venecia una base de operaciones contra las costas austriacas. El emperador francés prometió además oponerse á una reacción popular contra la unidad de Italia, siempre que estallara semejante reacción, y Austria se reservó el derecho de reclamar indemnización para los soberanos destronados de la casa de Austria cuando ocurrieran conferencias sobre modificaciones territoriales, excepto en Italia.

Al mismo tiempo que aseguraba de este modo la suerte de Italia, Napoleón preparaba para su país la exposición de su política. El 12 de junio de 1866, al abrirse la legislatura, M. Rouher leyó en la Cámara el programa imperial, resumido en una carta dirigida el día anterior al ministro de Negocios extranjeros. En este documento negó el emperador que tuviera aspiraciones á ningún aumento territorial, diciendo que Francia sólo podía pensar en él cuando se rompiera el equilibrio europeo, es decir, en el caso de que se modificara el mapa de Europa en beneficio exclusivo de una gran potencia y cuando las provincias limítrofes expresaran libremente su deseo de ser incorporadas al imperio francés. En la misma carta atribuyó á tres causas la guerra que amenazaba: la situación geográfica de Prusia que estaba mal deslindada, la necesidad que sentía Alemania de una constitución política mejor y el deseo de Italia de consolidar su independencia. «Si el congreso se hubiese reunido, continuaba el monarca, habríamos deseado una union más íntima, una misión más influyente por parte de los Estados de segundo orden de la Confederación; más homogeneidad y fuerza en el Norte para la Prusia; para Austria el mantenimiento de su gran posición en Alemania, y la adquisición de Venecia por Italia á cambio de una indemnización proporcionada.» La cuestión de alcanzar estos objetos por la guerra no comprometía en nada la situación de Francia, y lo que tocaba al emperador exigir, esto es, la conservación del equilibrio europeo y de Italia, estaba asegurado sin que Francia tuviera que echar mano á la espada. Al terminar calificó con una palabra su actitud futura, que sería la de una *neutralidad expectante*.

El plan de Napoleón no estaba mal trazado. Alejar á la Prusia de sus fronteras, conservar á Austria como gran potencia alemana rival de la Prusia, poner los Estados secundarios moralmente bajo la protección de Francia, libertar á Italia hasta el Adriático, y conseguir todo esto sin desenvainar la espada, era

una perspectiva realmente seductora. Difícil sería demostrar que Napoleón hubiese dado un golpe falso que hubiese comprometido la posibilidad del buen éxito. Lo que derrumbó todo este castillo de naipes fueron dos circunstancias que no estaba en manos del emperador modificar: primera, la asombrosa superioridad de las armas prusianas; y segunda, el estado miserable del ejército francés, del cual Napoleón por supuesto era responsable, pero que seguramente no conocía entonces en toda su extensión, y por lo demás no podía ser mejorado en pocos meses, sobre todo cuando grandes armamentos franceses al principio de la guerra habrían podido dar lugar á una inteligencia entre Austria y Prusia. Así, cuanto menos tuvieron en cuenta el emperador y sus hombres políticos estos dos factores desfavorables, tanto mayor fué su consternación cuando llegaron á conocer su error y se convencieron de que había desaparecido la base de sus planes, aparentemente tan bien fundados.

Bismarck, impaciente por romper las hostilidades y cansado ya de tantas y tan infructuosas negociaciones, apeló al primer pretexto que se le ofreció. Austria no confiando ya en llegar á un acuerdo con el gobierno prusiano, envió á la Dieta de Francfort el reglamento sobre la cuestión de los ducados, y además convocó los Estados del Holstein para que diesen á conocer sus deseos sobre su suerte futura. Al punto Bismarck, en una circular dirigida á todos sus agentes, denunció esta violación del tratado de Gastein, añadiendo: «Todos nuestros informes concuerdan para demostrar que en Viena se ha resuelto definitivamente hacer la guerra á Prusia.» El general prusiano de Manteuffel, que mandaba en Schleswig, recibió orden de cruzar la frontera y penetrar en el Holstein: el general austriaco Gablenz evacuó á Kiel, donde entró Manteuffel el 8 de junio, y los austriacos se replegaron sobre Altona.

El 11 de junio, Austria, fundándose en la entrada de los prusianos en Holstein, recurrió á la alta jurisdicción de la Dieta y pidió la movilización de todos los cuerpos de ejército federales. Por entonces ya habían salido de Berlín y Viena los respectivos embajadores austriaco y prusiano. Después de una detenida discusión en la Dieta, se aprobó la proposición de Austria por nueve votos contra seis. Terminado el escrutinio, el representante de Prusia, Savigny, se levantó y en nombre del rey su señor declaró roto el pacto federal.

Importaba á Prusia entrar en campaña antes que pudieran reunirse los contingentes de los Estados secundarios confederados con Austria: así fué que el 16 de junio comenzaron las hostilidades.

Italia, fiel al tratado de 8 de abril, declaró por su parte la guerra y á los pocos días su ejército pasó el Mincio. Desde el Po hasta el Elba, toda la Europa central estaba en conflagración. Mientras tanto Napoleón, atento á su declaración del 12 de junio, permanecía en una neutralidad expectante.

XXIII

LA GUERRA AUSTRO-PRUSIANA Y SUS CONSECUENCIAS

La misión de la diplomacia francesa en los momentos en que las primeras tropas prusianas penetraban en territorio austriaco fué evitar que Italia se mostrase demasiado ardorosa. Debiendo quedar rigurosamente secreto el convenio del 9 de junio y no pudiendo por tanto el gobierno italiano hacer más que decir en Florencia, en términos muy generales, que la adquisición de Venecia estaba asegurada en todos los casos, se procuró enfrenar por otros medios el humor belicoso de los italianos. Napoleón especialmente mandó decir por medio de su primo al rey de Italia, que el rey de Prusia había declarado al emperador de Austria bajo su palabra de honor que no existía verdadero convenio entre él y la Italia, y que si esta última potencia atacaba al Austria, no tenía obligación el rey de Prusia de seguirla. Al embajador Nigra observó Napoleón que durante la campaña podría presentarse una situación en la cual resultara útil para Italia no hacer la guerra con demasiada energía. Algunos días después Nigra notificó que Austria se limitaría en Venecia á la simple defensiva, indicando con esto implícitamente que Italia haría bien en limitarse al sitio de las fortalezas.

En sentido enteramente contrario se expresó Prusia respecto de la campaña de Italia, y su embajador en Florencia, Usedom, aconsejó á Lamármora, en una carta fechada en 17 de junio, que las tropas italianas, dando un rodeo para evitar el cuadrilátero, sin detenerse en sitios marcharan sobre Viena para dar allí la mano á los prusianos, pues para asegurarse la posesión duradera de Venecia era menester primero herir al Austria en el corazón. Añadía la nota que podía encontrarse un excelente auxilio en la insurrección de Hungría; que si Garibaldi desembarcara en la costa del Adriático encontraría la recepción más cordial, y que desde la Silesia avanzaría un cuerpo volante hacia el Sur para unirse con Lamármora, golpes todos que serían dirigidos no ya á los miembros, sino al corazón del Austria.

Lamármora, que entretanto había tomado el mando del ejército de operaciones, por cuya razón había cedido la dirección política á Ricasoli, como presidente del Consejo de ministros, y á Visconti-Venosta, que sucedió á Ricasoli en el ministerio de Negocios extranjeros, se mostró muy disgustado de los consejos prusianos, y á pesar de haber recibido dos veces la nota de Usedom, no juzgó conveniente contestar á ella ni menos tomarla en consideración.